

TIEMPO ORDINARIO

La Iglesia, por tradición apostólica, celebra el misterio pascual en el día llamado domingo o "día del Señor". El domingo es el fundamento de todo el año litúrgico. Es la fiesta primordial que debe inculcarse a la piedad de los fieles¹.

La Iglesia celebra el misterio de Cristo también en los domingos del año, que no pertenecen a los "tiempos fuertes" del año litúrgico. Estos domingos forman una serie de treinta y cuatro bajo la denominación de "domingos durante el año". Son los domingos que van de Epifanía a Cuaresma y de Pentecostés al final del año litúrgico.

En nuestro peregrinar hacia Cristo, necesitamos hacer presente, con periódica frecuencia, el misterio pascual como fuente de vida y apoyo de nuestra esperanza. De celebración en celebración del "día del Señor" nos acercamos al definitivo "día del Señor".

Las segundas lecturas están tomadas de siete libros del NT: de los Hechos de los Apóstoles, una vez; de la 1Cor, cinco veces; de la 2Cor, ocho veces; de la carta a los Efesios, siete veces; de la epístola e Santiago, cinco veces; de la carta a los Hebreos, siete veces; del Ap, una vez.

En los Evangelios de los Domingos "durante el año B" predomina claramente el Evangelio de Marcos (27 veces). También es usado el Evangelio de Juan (siete veces). La teología que caracteriza los Domingos "durante el año B" es la de San Marcos. Únicamente el Domingo II, los Domingos 17-21, y la Fiesta de Cristo Rey se emplean textos de San Juan.

Por lo que ve al significado teológico de estos domingos "durante el año litúrgico b", podemos decir que la teología de San Marcos es la que caracteriza este tiempo litúrgico. La primera y tercera lecturas, en mutua relación entre sí, son las que nos hacen descubrir normalmente el tema propio de cada domingo.

El Evangelio de Mc tiene mucha importancia no sólo por el material antiguo que contiene, sino también por la profundidad teológica que manifiesta. Una característica teológica de Mc es la división cristológica constituida por la confesión de fe de Pedro: Jesús es el Mesías (Mc 8, 29). Esta divide claramente el Evangelio de Mc en dos partes. La primera está caracterizada por la incapacidad de los discípulos de reconocer quién es Jesús (4, 10-13. 38-41; 6, 52; 7, 17; 8, 4. 14-21),

¹ Cfr. SC, 106.

y está dominada por el "secreto mesiánico". En la segunda parte, desde Mc 8, 27 hasta el final, se habla de Jesús como el Siervo sufriente de Is 53, que se sacrifica por su pueblo. Es esta la línea que Mc sigue en su Evangelio. Por eso, es llamada "teología de la cruz". La Pasión tiene en Mc un peso preponderante.

La cristología de Mc parece tener características contradictorias. Por un lado, presenta a Jesús como Hijo de Dios (Mc 1, 1); por el otro, el "secreto mesiánico" trata de atenuar esta impresión. La epifanía del Hijo de Dios queda envuelta en el misterio.

La comunidad cristiana primitiva identificó Jesús con el "Hijo del hombre". El Hijo del hombre sufriente y expiador, que llega a través de la muerte a la Resurrección, se impone fuerte-mente en Mc, adaptándose bien al "secreto mesiánico".

En Mc tienen importancia dos títulos cristológicos: "Hijo de Dios" e "Hijo del hombre". El Evangelio de Mc es el Evangelio del Hijo de Dios. Mc usa este título en los momentos culminantes de su Evangelio: Al principio (Mc 1, 1), en el Bautismo (1, 11), en la Transfiguración (9, 7) y en el Calvario (15, 39). El "Hijo de Dios" obediente, en el desarrollo de los acontecimientos, se convierte en el "Siervo de Dios sufriente", que entrega su vida en expiación por "muchos", y así llega a ser Salvador. El Hijo, en la visual teocéntrica e histórico-salvífica, está en todo subordinado al Padre (14, 36); y en su condición terreno-humana (en la Kénosis) está limitada en el conocimiento (13, 32).

La cristología de Mc nos ofrece un buen ejemplo de cómo un teólogo primitivo asume las antiguas tradiciones desarrollándolas según sus propias ideas teológicas.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoledad.org/> (Con permiso a homiletica.org)